

**Simposio de Investigación**  
**“RÍOS Y PASAJES: LA CARTOGRAFÍA Y EL DISCURSO SOBRE EL CONO SUR”**

Comentario: Patricio Fontana (CONICET, UBA, UNA)

La verdad es que desconozco las razones por las cuales los organizadores de este simposio titulado “Ríos y pasajes: la cartografía y el discurso sobre el Cono Sur”, Marcos Zangrandi y Vanina Teglia, me eligieron como comentador de estos dos trabajos sobre, principalmente, la cartografía en el siglo XVI. Mis saberes –si es que detento algún saber- se reducen básicamente a la literatura y al cine argentinos: siglos XIX, XX y XXI. De todos modos, sean cuales fueren esas razones para mí insondables, las celebro porque me permitieron acercarme a cuestiones fascinantes de las que desconocía mucho o casi todo, y me sacaron un poco de las cuestiones que ocupan mis jornadas laborales.

En principio, debo decir que la lectura de primeras versiones o esbozos de estos trabajos me hicieron recordar a un autor que ni María Juliana Gandini ni Mauricio Onetto Pavez, si no me equivoco, mencionan: Michel de Certeau, de cuyo libro *La invención de lo cotidiano* recuerdo especialmente el capítulo dedicado a los “Relatos de espacio” y, más vagamente, la noción de que el espacio es “un lugar practicado” y la idea de que cada mapa de algún modo invisibiliza los relatos que hay detrás o que presupone. Insisto que el recuerdo es vago y acaso erróneo. Al respecto, la ausencia en ambos trabajos de referencias a De Certeau la interpreté como que ya De Certeau es bibliografía vieja, superada, que no es un clásico sobre estos temas, y que sus hipótesis sobre el espacio quizá han sido muy discutidas y también superadas. Acaso después me lo pueden aclarar.

Ambos trabajos me parecieron excelentes, y esto no solo porque me pusieron en contacto con materiales que desconocía casi absolutamente, sino por lo que hacen con esos materiales, por aquello que le hacen decir a esos materiales: a esos mapas.

Ambos trabajos aluden, cada uno a su manera, al problema de la novedad, de lo nuevo. Es decir, interpelan y explican qué hizo el hombre europeo del siglo XVI con la novedad que implicaba el contacto no solo con nuevos territorios (nuevos para ellos, claro) sino también con nuevas sociedades, con nuevas culturas: con otros hombres y

con otras mujeres. En este sentido, creo que la cuestión que recorre los dos trabajos es el problema de cómo se incorpora lo nuevo, lo otro; cómo se le da sentido y, de algún modo, y esto creo que es fundamental, se ejerce así un poder sobre esa novedad, se la domina, se la somete. Es decir, en ambos un problema central, creo intuir, me corregirán si es necesario, es el del **poder de la representación** (cartográfica, en especial) y, lo que no es lo mismo pero sí se relaciona estrechamente, **el de la representación del poder**. Es decir, del poder que ejerce o presupone toda representación (la representación, entonces, como un modo de dominar o de controlar) pero también el de la representación como un lugar donde puede aparecer (y creo que esto en el trabajo de Mauricio es muy claro, pero que también está en el de María con, por ejemplo, el registro de la variación en la representación del Río de la Plata y sus inmediaciones y sus habitantes originarios) **el deseo de poder, el deseo de poseer y dominar**: la representación, pues, como lugar privilegiado para decir, a veces sibilamente, el deseo de poder, la voluntad de poder. Entonces, dos cuestiones: la de la novedad, la del encuentro con lo nuevo, y la concomitante de la representación de esa novedad.

Entre otras cosas, del trabajo de María me resultó especialmente interesante el registro de las variaciones que, en la representación de ciertas zonas de lo que hoy es Brasil y la Argentina (me perdonarán el anacronismo), se sucedieron en no demasiados años del siglo XVI. Uno tiende a pensar que las variaciones en pocos años son patrimonio de su tiempo, y que el pasado (sobre todo aquel del que desconocemos casi todo) tiende más a la estabilidad y a que las variaciones o mutaciones ocurran en periodos más largos, de manera más lenta, casi imperceptible. Así, en el trabajo de María, en contra de esa idea, se registra que los caníbales que se alimentaron de Solís serán dichos de una manera en determinado mapa de determinado año del siglo XVI y aparecerán de manera muy diversa en mapas que aparecerán no demasiado después, enseguida.

A propósito del trabajo de María, entonces, me parece que lo que problematiza, sin decirlo, aunque la palabra aparece varias veces, es la noción de experiencia, de la que hay una profusa bibliografía que va, por lo menos, de visitadísimos trabajo de Walter Benjamin al libro enciclopédico de Martin Jay: *Cantos de experiencia*. Hay un texto de Lucio V. Mansilla que seguro conocen: *Una excursión a los indios ranqueles*, de 1870. En varias partes de ese libro, este viajero letrado reitera que, ante determinadas experiencias vividas en las tolderías de Mariano Rozas, se le “quemaron los libros”:

pero él, con esa experiencia, escribe un libro. Uno podría decir que lo que registra el trabajo de María es cómo efectivamente a veces los libros se nos queman pero cómo eso implica la necesidad inmediata de nuevos libros: de nuevos textos (por ejemplo, mapas). Es decir, en el trabajo de María lo que aparece es el choque de lo nuevo con los saberes viejos, y la negociación que a menudo reporta la representación de esa novedad entre esas dos instancias. Viejos saberes, nuevas experiencias, nuevos saberes. De todos modos esa linealidad no es tal. Porque, como lo demuestra María más de una vez, en la representación de lo nuevo está la experiencia, en el sentido un poco craso de lo que efectivamente les ocurrió a estos hombres en estas tierras para ellos desconocidas, pero está también el pasado (en el sentido de cómo lo que se sabe previamente resulta un prisma, bueno o malo, adecuado o no, para dar cuenta de esa novedad) pero también están las expectativas y los deseos. Ejemplo de esto es cuando María anota que la expedición de Pedro de Mendoza, antes de realizarse, se suponía que no se “internaría en el sombrío Mar Dulce o río de Solís, lleno de salvajes caníbales, sino en el renombrado ‘río de la Plata’, el atractivo camino hacia infinitas riquezas en metal precioso”. Es decir: ahí, en esa representación (incluso en esa nominación: *Río de la Plata*), aparece no solo la cruce entre saberes viejos y experiencias, y las negociaciones entre ambos, sino también el deseo, el anhelo de esos metales preciosos. Con esto quiero decir que me parece que lo que se puede leer en el trabajo de María es una revisión del concepto de experiencia, o al menos la posibilidad de pensar la noción de experiencia a partir de esos materiales: ¿qué es una experiencia de lo nuevo?, ¿cómo se configura?, ¿qué negociaciones implica?, y también, ¿con qué deseos o anhelos se relaciona? En el trabajo de María eso se hace especialmente evidente con lo que sucede, en diversos mapas, con el caníbal del Río de la Plata: del caníbal inabordable, pura negatividad, al “caníbal civil” —el uso del adjetivo es un hallazgo— de los últimos mapas que María analiza: un *impensable* que se vuelve *pensable* (¿y entonces posible?) por el deseo de acceder a esas riquezas (a esa plata) a las que estos podían conducir.

Por su parte, el trabajo de Mauricio, como acaban de escuchar, se concentra en 3 imágenes de uno de los Atlas de Battista Agnese, editados a mediados del siglo XVI. Lo central en este trabajo me resultó fascinante y además esclarecedor, convincente: cómo el estrecho de Magallanes resultó, en el siglo XVI, un sitio productivismo para volver a pensar absolutamente todo. Y, además, el hecho de que aparezca en esas imágenes como un centro descentrado, como una periferia desde la que se reconfigura el saber del

mundo, como una paradójica *periferia-centro* desde la que el centro piensa el mundo. Y no solo el mapa del mundo y las rutas para dominarlo sino, y en esto me gustaría que Mauricio se extendiera un poco más, la propia noción de “humanidad”. Es decir, el descubrimiento del estrecho de Magallanes y su representación como parte de un todo también implica –¡¡¡y es en un mapa donde esto se realiza!!!- la revisión o al menos la reevaluación, en el siglo XVI, del concepto de vida. Una pregunta que quería hacerle a Mauricio es si, con anterioridad, en mapas previos al “descubrimiento” de América, no se postulaba que eso representado era también la totalidad, *una totalidad*. Es una pregunta sobre la historia del concepto de totalidad, o sobre su historicidad. Es decir, me pregunto si el Atlas es la totalidad, o una nueva totalidad: algo hasta entonces, para usar la palabra de María, impensable.

El abordaje de esos tres mapas o imágenes se realiza a partir de tres nociones: la línea, el círculo y el vacío. De las tres nociones la que más me interesó o cautivó es la tercera, la del vacío, y esto porque Mauricio, a partir de unas bellísimas citas de trabajos de Carla Lois, relaciona la noción de vacío con el color blanco; antes, en la zona dedicada al círculo, había hecho referencia al verde, referencia que relacioné con las varias veces –por lo menos cuatro- en que María Juliana también hace alusión y analiza la presencia de este color en las imágenes que analiza. Entonces, no *lo rojo y lo negro*, como en el libro de Stendhal, sino *lo blanco y lo verde* en la cartografía del siglo XVI. Me resultó fascinante esa semántica del color que aparece en los textos de María Juliana y de Mauricio al analizar estas imágenes. El verde, si mal no entendí, es en el trabajo de Mauricio el color de lo habitable y de lo potencialmente rico: otras vez el “deseo”, aquí determinado el color del mundo, o ciertas zonas de él. El blanco, ese no color, es por contraste, y entre otras cosas, el “silencio de lo nuevo” y “algo faltante”. En este sentido, al leer esto, y con esto termino, enseguida pensé en algo a lo que se refiere Borges cuando analiza *Moby Dick*, de Herman Melville: “el horror de lo blanco”, el blanco como un color “horrible”, algo que según Borges Melville puede haber sacado de su lectura de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*, de Poe, esa ficción sobre la conquista. De hecho hay un capítulo de *Moby Dick* que se llama “La blancura de la ballena”. Melville y Poe, entonces, como precursores de Agnese.

Les agradezco entonces a Marcos y a Vanina el *feliz error* de haberme invitado a comentar estos trabajos y a María Juliana y a Mauricio la posibilidad de haberme acercado a estos materiales y, en especial, a sus productivísimas ideas e hipótesis sobre

ellos. Este breve comentario, de algún modo, como sus trabajos, habla también del efecto que puede producir en una persona –en mí- el hecho de experimentar –en este caso mediante la lectura- la novedad: la novedad intelectual.